

1809: LA AVENTURA ESPAÑOLA DEL BARÓN DE CROSSARD

Andrés CASSINELLO PÉREZ
Teniente General del Ejército

INTRODUCCIÓN

LUIS, barón de Crossard, nació en la ciudad de Poitiers en el año 1770. Ingresó en el ejército francés en la Academia de Artillería de Metz y ya con el grado de subteniente se incorporó a la Legión Real de Maillebois.

En enero de 1791 emigró de su país para unirse al ejército legitimista del príncipe de Condé, con el que participó en la guerra contra los revolucionarios. Después de la victoria de estos últimos emigró a Holanda, incorporándose a las fuerzas de príncipe de Orange, a quien siguió cuando éste entró al servicio de Austria.

En Austria, como subteniente de Infantería, prestó servicio en un regimiento de Dragones y en la sección logística del cuartel general. Con ese mismo empleo, en misión secreta, viajó a través de Dalmacia y del territorio controlado por los turcos hasta Corfú, donde se entrevistó con el almirante ruso Utschakoff, quien le remitió al cuartel general de Suvarov en Rusia. A las órdenes de este general participó en la batalla de Novi, distinguiéndose por su valor y obteniendo la cruz de Caballero de la Orden de María Teresa¹.

Reincorporado al Ejército austriaco marchó a Italia, distinguiéndose en los combates contra los franceses en las inmediaciones de Parturana,

¹ HIRTENFELD, Dr. J.: *Militär Maria Theresien Order und Seine Mitglieder*. Viena, 1857, pp. 698-701.

donde fue herido de gravedad en el pecho, y donde se negó a ser evacuado hasta cumplir una delicada misión encomendada por el general en jefe. Siguió al frente de sus tropas defendiendo con extraordinario valor y eficacia una posición clave para la posterior victoria austriaca, y sólo entonces consintió ser evacuado para recibir atenciones médicas.

Demostró idéntico valor y capacidad en el sitio de Génova y en los combates que culminaron con la batalla de Marengo, siempre a las órdenes del mariscal barón Vogelsang. Cuando se rompió el armisticio que siguió a esa batalla, volvió a distinguirse en los combates de Ceresara, en los que operó en cabeza de vanguardia siguiendo un plan de operaciones por él mismo trazado, logrando la retirada de los franceses.

Entre 1800 y 1801 prestó sus servicios en el regimiento del barón de Splenyi, con el que se distinguió en el combate de Salarolo, pasando posteriormente al regimiento de Infantería del conde Mitrowsky.

La campaña de 1805 la hizo a las órdenes del archiduque Fernando de Este, con quien participó en la batalla de Ulm. Cuando Austria firmó la paz con Napoleón, se incorporó al ejército ruso, combatiendo en sus filas en la batalla de Eylau.

Vuelto a Austria, ya con el grado de teniente coronel, fue enviado a España para el cumplimiento de la misión que reseñaremos. Stadion, ministro de Asuntos Exteriores austriaco, le advirtió que su misión debía conservarse secreta. Se había de abstener de presentarse como enviado por su gobierno, pero había de hacer todo lo posible para que esto no se dudara. También le proporcionó cartas de presentación ante Genotte, encargado de asuntos austriacos en Sevilla. Por otra parte, el conde de Hardemburg le facilitó otras para sir Alexander Ball, gobernador de Malta, y para el general Moore.

El 11 de enero de 1809 embarcó en Trieste rumbo a España en la fragata de guerra española Proserpina.

LA LLEGADA A ESPAÑA DEL BARÓN DE CROSSARD²

El 13 de febrero de 1809 la Junta de Cartagena daba cuenta al marqués del Villar, miembro de la Junta Suprema, de la llegada a aquella ciudad del barón de Crossard. Procedía de Trieste y había hecho el viaje en la fragata española Proserpina, con escala en Malta, de cuyo gobernador

² Archivo Histórico Nacional (A.H.N.). Sección Estado (S.E.), legajo 33 D., núms. 115, 117 y 120.

había obtenido pasaporte y una carta de presentación para el general Moore, jefe del ejército inglés replegado a Galicia después de la batalla de Espinosa.

En la misma fragata viajaban los miembros de la misión enviada a Viena por el rey Carlos IV, presidida por don Diego de la Cuadra. El hecho de que Austria hubiera reconocido a José Bonaparte como rey de España, hacía que sus componentes mantuvieran una actitud totalmente hostil hacia el Barón y su gobierno, creándose así una situación difícil que sólo pudo ser resuelta después de su llegada a Sevilla, cuando pudo expresar con mayor claridad su misión.

Desde el primer momento el Barón expuso el objeto de su misión: Austria estaba próxima a entrar en guerra contra Napoleón y el gobierno de aquel país deseaba tener noticias ciertas sobre la situación en España, que sólo conocía a través de los boletines franceses, obviamente falsos. Para lograrlo, proponía que un oficial español se trasladara a Trieste en un barco mercante que Crossard sufragaría, llevando cartas propias del Barón al gobernador de aquella ciudad austriaca, quien haría llegar, misivas y portador, a la Secretaría de Estado de Viena.

Pronto entraron en relación directa el Marqués y el Barón, convirtiéndose el primero en el principal valedor del segundo ante la Junta Central y su poderoso secretario, don Martín de Garay. Un escrito de Villar, fechado en Cádiz el 27 de febrero de 1809, dirigido a don Martín, le informaba de las conversaciones mantenidas entre ambos³.

Informaba el Marqués que Austria tenía sobre las armas a cuatrocientos sesenta mil hombres y esperaba que su tratado de alianza con Rusia, no derogado por el que esta última había firmado también con Francia, impulsara al zar Alejandro a unirse en la lucha contra Napoleón. Antes de iniciar las hostilidades, el gobierno vienés quería saber la situación española, e incluso Crossard esperaba que la guerra ya hubiera comenzado antes de su llegada.

Para el marqués del Villar, los datos que se debían enviar a Viena debían referirse a los efectos de la movilización general del país contra los franceses y a las buenas perspectivas que se abrían a los ejércitos españoles. Que esto fuera o no cierto constituye otra cuestión, que sería desvelada trágicamente para nuestras armas en fechas próximas.

³ A.H.N., S.E., leg. 33 B., núm. 121.

EL INFORME DEL BARÓN DE CROSSARD⁴

Crossard se dejó arrastrar por el infatigable optimismo de sus interlocutores. En el informe que suscribió para su envío a Viena, y que presentó a la Junta para que ésta tuviera conocimiento previo del mismo, se extiende en los siguientes términos:

Informa, en primer lugar, de la situación territorial. En manos españolas y aliadas están los reinos de Murcia, Valencia, Extremadura, Portugal y Andalucía, mientras los franceses ocupan Vizcaya, Navarra, Castilla la Vieja y partes de Galicia y León.

Estima a las fuerzas españolas en doscientas cincuenta mil hombres, a los que deberían añadirse cuarenta y cuatro mil ingleses. Estas fuerzas, en su informe, estaban organizadas en la siguiente forma:

- División de Cataluña, bajo Redding.
- División de Aragón, bajo Palafox.
- División de Andalucía (en La Mancha), bajo Urbina, conde de Cartaojal.
- División de Extremadura, bajo Cuesta.
- División de Galicia, bajo el marqués de la Romana.
- Los ingleses en Galicia, bajo Moore, con otro Cuerpo entre Lisboa y la frontera española.
- En Valencia se estaba organizando otro ejército de veinte mil hombres bajo el mando del general Caro, hermano del marqués de la Romana.

También informaba de que Zaragoza se mantenía aún en manos españolas, defendida por treinta mil hombres, entre tropas de línea y defensores civiles, mientras el marqués de Lazán, hermano de Palafox, se preparaba para romper el cerco de la ciudad, desde fuera de ella, al frente de otros dieciocho mil hombres.

En cuanto a las plazas fuertes ocupadas por los franceses, Crossard citaba a Barcelona, Figueras y Rosas en Cataluña; Pamplona en Navarra y Madrid en Castilla la Nueva, haciendo hincapié en la forma artera en que lograron introducirse en Figueras, Montjuich y la ciudadela navarra.

⁴ A.H.N., S.E., leg. 33 D., núms. 116 y 118.



Uniformes militares de 1800 a 1850.

Por último, informaba del estado general de insurrección del país, de la fortificación de las ciudades para oponerse a los invasores y de la requisa de todos los caballos, que había ordenado la Junta, para la formación de un importante Cuerpo de Caballería.

El informe fue aprobado por la Junta Central, que designó al teniente de navío don Gregorio Saporito para informar a Austria, comunicándolo así a la Junta de Cartagena el 17 de febrero de ese mismo año, advirtiéndole de que *transportaba papeles originales del Barón de Crossard*⁵.

LA SITUACIÓN REAL ESPAÑOLA⁶

La situación española no era tan lisonjera. Los ejércitos españoles habían sido batidos en las batallas de Gamonal, Tudela y Espinosa, y sus restos, desorganizados, mal armados, apenas instruidos y desmoralizados, constituían el núcleo principal de nuestras fuerzas, al que se habían unido apresuradamente nuevos reclutas.

En Extremadura, al sur del Tajo, Cuesta se encontraba al frente de veinte mil hombres para oponerse a Víctor; Cartaojal estaba al mando de otros veinte mil para cerrar en Despeñaperros el acceso a Andalucía; en Valencia, Blake apenas contaba con diez mil hombres a medio organizar; en Galicia, el marqués de la Romana con siete mil se había establecido junto al Miño; en Cataluña y Asturias, veinte mil y catorce mil hombres, respectivamente, suponían los últimos efectivos importantes. Si sumamos todos ellos apenas rebasaremos los cien mil hombres. Aunque se unieran a los anteriores los núcleos de Murcia y Aragón, estos últimos abocados a su próxima destrucción, y los diez mil ingleses concentrados en Lisboa después del reembarque en La Coruña del ejército de Moore, no llegaríamos a la mitad de los reseñados por Crossard en su informe. Tampoco el movimiento guerrillero había alcanzado la fuerza que lograría más tarde.

Frente a estos efectivos, los franceses disponían de ciento noventa mil hombres, distribuidos en siete Cuerpos y una Reserva Central, cuyo peso no dejaríamos de sufrir en breve. El enemigo nos doblaba en fuerza y sus ejércitos se encontraban cohesionados por un plan conjunto de operaciones diseñado por el propio Napoleón, mientras los nuestros carecían de planes que permitieran su acción conjunta, incluso de un general en jefe que pudiera formularlos.

⁵ A.H.N., S.E., leg. 33 B., núm. 119.

⁶ Servicio Histórico Militar. *Guerra de la Independencia*, tomo IV, pp. 25 y siguientes, Madrid, 1972.

Intencionadamente o no, nuestros gobernantes engañaron al emisario austriaco, seguramente con el afán de arrastrar a su país a una guerra de la que los españoles sólo podían obtener beneficios. De todas formas hay que decir en su disculpa que es muy posible que esa guerra comenzara en Centroeuropa antes de que sus informes llegaran a Viena, puesto que los combates se iniciaron hacia el 15 de marzo, y la decisión de enviar un oficial a Viena fue adoptada el 17 de febrero, como ya hemos indicado. Con informes o no, con informes favorables o desfavorables, Austria estaba ya decidida y preparada para atacar a Napoleón. Nuestra actitud, o nuestras posibilidades, constituían sólo un complemento a sus propósitos.

SU ESTANCIA EN SEVILLA

Por vía marítima desde Cartagena, con escala en Gibraltar, se trasladó el Barón a Cádiz, donde desembarcó el 26 de febrero. El 28 continuó su viaje a Sevilla, para *presentarse a S.M.*, artificio empleado sistemáticamente por la Junta, y después por la Regencia, como si el rey Fernando no estuviera prisionero en Valençay⁷. El marqués del Villar le presentó a don Martín de Garay y allí estableció contacto con don Antonio Cornell, secretario de Despacho de la Guerra. Mientras tanto Genotte le presentó a Valdés —vicepresidente de la Junta—, a Adelberg —embajador de Suecia— y al encargado de negocios de Inglaterra.

A partir de este momento Crossard abandonó su primer papel como mensajero del gobierno austriaco, para convertirse en asesor de los órganos centrales de la dirección de la guerra: la Junta Militar y la Secretaría de Guerra. En el Archivo Histórico Nacional se conservan tres documentos que de forma explícita hacen referencia a esta función⁸.

El primero, fechado en Sevilla el 14 de abril, firmado por Cornell y dirigido a Martín de Garay, dice así: ... *La Sección de Guerra no ha visto el plan presentado por el Barón de Crossard sobre el uso de lanceros en la Infantería.*

El segundo, fechado el 16, dice así: *Paso a V.E. para la resolución de S.M. la adjunta copia del dictamen de la Junta Militar y el informe original del capitán general Cuesta acerca del papel de las reflexiones que se me remitió con fecha 6 de este mes y devuelvo al Barón de Crossard.* Lo firmó Cornell y va dirigido al mismo que el anterior.

⁷ A.H.N., S.E., leg. 33, núm. 121.

⁸ A.H.N., S.E., leg. 33 B, núms. 125-127.

El tercero, de fecha 17 de abril, firmado por Martín de Garay y dirigido a Cornell, dice: *De orden de S.M. paso a V.E. las adjuntas notas presentadas por el Barón de Crossard sobre la intención del ejército del Mariscal Víctor y la necesidad de un Plan de Operaciones Combinadas entre los ejércitos españoles, ingleses y portugueses, a fin de que examinado por la Junta General Militar con la brevedad que exige la urgencia, proponga en su vista la sección de guerra lo que estime más conveniente.*

Comencemos por el comentario al último de los documentos citados anteriormente. Su sentido es fácil de adivinar si recordamos que la batalla de Medellín tuvo lugar el 28 de marzo y que en ella fue derrotado el ejército español, en solitario, que mandaba Cuesta, frente al del mariscal Víctor, quedando así abierto el paso del bajo Guadiana y Guadalquivir a una penetración enemiga.

Crossard, en sus *Memorias*, no quiere que el ejército inglés de Wellington, recientemente desembarcado en Lisboa, marche hacia Oporto —como hizo— para desalojar a Soult del norte de Portugal. Intuye que Víctor desbordará Sierra Morena, haciendo inútil al ejército español allí situado, y se muestra partidario de una acción conjunta de ingleses y españoles sobre el corredor del Tajo hacia Madrid, mientras que otras fuerzas españolas pudieran apoyar esa maniobra desde Despeñaperros. Es decir: adelanta la maniobra general de Cuesta y Wellington ante Talavera.

Los dos documentos citados en primer lugar están relacionados con un primer plan de guerra presentado por el Barón a la Junta Central, que analizamos a continuación.

EL PRIMER PLAN DE GUERRA DEL BARÓN DE CROSSARD

El plan se titula *Principios Generales según los cuales se debe dirigir la guerra contra Bonaparte y la Nación Francesa*. En el Servicio Histórico Militar de Madrid⁹ se conserva una copia, fechada el año 1809, sin firma ni otra seña de identificación. No obstante, la autoría de Crossard es indudable porque ese mismo plan, esta vez en lengua francesa, figura en las memorias del Barón¹⁰, quien en las mismas lo identifica como propio.

Es un plan extraordinariamente imaginativo, que debió ser presentado a don Martín de Garay en el mes de marzo de ese mismo año. En sus

⁹ S.H.M., *Colección General de Documentos*, 5-4-4-9.

¹⁰ LOUIS, BARÓN DE CROSSARD: *Memoires Militaires et Historiques*, tomo 3.º, pp. 315-316, París 1829.

memorias, Crossard afirma que hubo de ser traducido al castellano para ser presentado a la Junta Militar, compuesta ésta por cuatro miembros de la Junta Central, de los que sólo el marqués de Campo Sagrado tenía experiencia militar.

No es muy lisonjera la opinión que expresa el Barón sobre esa Junta, que ignoraba todo sobre los graves asuntos de su competencia. Tampoco parece que fue fácil su relación con don Antonio Cornell, el secretario de Despacho de la Guerra, de quien destaca su talante hosco y reservado, además de su infatigable laboriosidad. Cornell era teniente general del Ejército y, desde su ingreso como cadete en 1766, había tomando parte en la expedición a Argel de 1779, en la campaña americana de Gálvez, en la guerra del Rosellón, donde ascendió a mariscal de campo, y en la defensa de Zaragoza durante su primer sitio. Ya había desempeñado el cargo de secretario de Estado y de Despacho de la Guerra entre 1799 y 1801.

El plan partía de la premisa fundamental de que por entonces era necesario evitar las batallas generales, en las que la superioridad del enemigo era manifiesta. *Cuando la seguridad de los espías, la bondad de la Caballería aliada y la disciplina de las tropas más curtidas en combates parciales bajo los ojos de sus jefes, hayan opuesto una barrera a la fogosidad francesa, y establecido la superioridad a favor nuestro, entonces nos aprovecharemos de este momento para atacar la reputación de Bonaparte en su Ejército por medio de operaciones espaciadas con astucia y maña.* Las anteriores palabras del plan demuestran su oposición frontal a la actitud habitual en los españoles, tendente a la creación apresurada de ejércitos, que se empeñaban casi sin instruir o armar, para ser derrotados y volver a empezar de nuevo.

Continúa con un análisis del ejército francés y de las vulnerabilidades del mismo: su impetuosidad, su potencia artillera, su sensibilidad a las carencias de suministros, el descuido de sus flancos ante emboscadas bien planteadas. Todo ello mezclado con consejos operativos: *Combatamos a las tropas con la Artillería y a la Artillería con las tropas* para evitar duelos artilleros en los que los españoles se hallarían en desventaja; incluimos lanceros entre los infantes para reforzar las líneas defensivas contra las potentes columnas de ataque de los enemigos, justificando esta propuesta por las dificultades que encontraba la tercera fila de infantes para llegar con sus bayonetas al choque con el enemigo sin romper la formación, o las también dificultades en que se encontraban para hacer fuego en formaciones cerradas sin poner en peligro a las primeras filas; la importancia de la fortificación de campaña en las batallas defensivas en campo abierto, etc.

La segunda parte se refiere a las particularidades que puede revestir el caso español. Dividido en cuarenta y tres puntos, el primero, que marca la filosofía general, dice:

Evitar toda suerte de combates grandes o de batallas generales, adoptando un sistema de movimientos parciales con Cuerpos Particulares y Cuerpos de Ejército que incomoden continuamente al enemigo, multiplicando mucho los ataques nocturnos y repitiendo continuamente las escaramuzas; en una palabra, extendiendo todas las operaciones de un «Partisán» que es lo que constituye la guerrilla. Esta conducta se dirige a arruinar los ejércitos franceses por medio de las fatigas, las enfermedades y las pérdidas insensibles e irreperables. Es pues consiguiente a este plan que se abandonen al enemigo las llanuras, o por mejor decir, que sólo se disputen fieramente por la resistencia del Ejército principal Anglo-Español con movimientos ya a derecha, ya a izquierda, o en retirada, imitando en esto la campaña que hizo el mariscal Berwick en 1706.

Los puntos segundo al séptimo delinean una estrategia distinta a la tradicional. En el Centro, unidades ligeras y guerrillas ocuparían y defenderían las zonas montañosas, mientras Lisboa, El Ferrol, Cádiz y Mallorca constituirían polos de fuerza de donde partirían acciones concéntricas, situando en estos puntos importantes núcleos de tropas, asistidos por los necesarios medios navales de transporte.

Los puntos quince y dieciséis dividen al Ejército en ejército de línea y el de las provincias, producto este último de las insurrecciones populares. Para el de línea preconiza la guerra de movimientos, de posiciones, de campos atrincherados, no debiendo adoptar la ofensiva hasta estar completamente seguro de su superioridad sobre el enemigo.

Después, se extiende en la necesidad de la fortificación de puntos seleccionados de antemano, no de ciudades indiscriminadas de difícil defensa; en la situación de las vanguardias; en la necesidad de un cuerpo de guías; en la utilización de las cadenas montañosas para apoyar las maniobras de los ejércitos y en la importancia del valle del Ebro, señalando las posibilidades del ejército de Cataluña y el apoyo del propuesto núcleo mallorquín para llegar a controlarlo.

En el punto cuarenta y tres compara la guerra en España con la de la Vendée, y dice: *Si se compara la guerra de España con la de la Vendée, a la que se asemeja mucho por su causa y su armamento, se tendrá presente que se desgració sólo porque los jefes quisieron mandar los ejércitos independientes, y se obstinaron en no darse una masa ni un jefe principal, y de esta observación puede sacarse multitud de consecuencias muy útiles para este país.*

Cierra este plan estableciendo la necesidad de que *jamás se podrá tener un buen ejército si no se propone antes un fin bien fijo y sólido, sin contentarse solamente con obrar según las circunstancias*, que realmente había sido el problema fundamental de las fuerzas españolas en aquella guerra, en la que la descoordinación de los distintos ejércitos fue manifiesta y en la que la determinación de una finalidad última y concreta no apareció jamás, fiándose todo a la improvisación y a la suma de acciones inconexas. En toda esta última parte está implícita la necesidad de un general en jefe que diera unidad a tanto esfuerzo, tan generoso como anárquico, que sólo sería satisfecha tres años más tarde, con la designación de Wellington como generalísimo de todas las fuerzas aliadas.

SU VISITA AL EJÉRCITO DE EXTREMADURA

Crossard visitó los ejércitos en operaciones. Primero, el de Extremadura, de Cuesta, y más tarde el del Centro, establecido en La Mancha. Después de cada visita informaba a la Junta con sus impresiones, dominando en sus notas las exhortaciones a la prudencia. El Barón debió de ser un contrapeso a tanto hacer apresurado, a tanta ansia de batalla sin esperar a la paciente creación del instrumento. Es admirable el valor, la tenacidad, el entusiasmo, el ánimo para superar adversidades y volver otra vez a empezar de nuevo... como tantas otras virtudes de los españoles de aquel tiempo que, unas con otras, acabaron dándonos la victoria cuando el enemigo estaba ya quebrantado y debilitado pero, como el Barón, no dejó de pensar que el orden, la planificación y el método debieran haber jugado un papel más importante en los niveles de dirección de aquella guerra.

No se entendió Crossard con Cuesta, de quien da en sus memorias una descripción tan breve como rigurosa: *Una talla colosal y robusta, una tez lívida y morena, de trazos varoniles pronunciados a pesar de los años; una mirada sombría y fija, no denunciaban verdaderamente a un genio, pero señalaban la independencia frente a los acontecimientos, la inflexible firmeza, la voluntad férrea*. Cuesta, para él, era un general más valeroso que hábil, de quien discrepaba por su continuo afán de buscar batalla, en contra de su criterio, tantas veces expuesto, de una guerra pequeña de movimientos. De sus tropas alaba su espíritu y su esfuerzo permanente por elevar su precaria instrucción. Destaca sus escaseces en vestuario, calzado y armamento y el caótico sistema de suministro de víveres.

Aquel ejército estaba desasistido. Cuesta, en su *Manifiesto*,¹¹ decía: *... La real hacienda estuvo siempre tan insensible, pasiva y descuidada en esta urgencia desde antes de la batalla de Talavera, que más sirvió para entorpecer las providencias tomadas por los comandantes de las divisiones, que para facilitar los suministros más indispensables. Las contestaciones del intendente a las continuas reconvenciones eran siempre de haber dado las órdenes y tomado las providencias convenientes al efecto; y al fin nada resultaba, ni se encontraba cosa alguna con que alimentar las tropas, de que dimanaron por último enfermedades en el ejército, hijas de la suma indigencia.*

Crossard remitió sus informes a la Junta. Insistía en la necesidad de relevar a Cuesta por imprudente, en la creación de un Estado Mayor General y en mejorar el sistema de administración y suministros. A este último aspecto se refiere el siguiente escrito que le remitió don Francisco de Saavedra el 19 de septiembre¹²: *Con esta fecha paso a la Sección de Hacienda el papel de V.S. de 17 del corriente y el plan que acompaña de un asunto para nutrir de carne al Ejército de la Mancha y Extremadura para que lo examine y proponga a S.M. lo que tenga por conveniente.*

Es que nuestros ejércitos vivían sobre el terreno —como los franceses— provocando así la enemistad de la población civil, que veía disminuir sus escasos recursos en manos de la tropa. Castaños se había quejado ya de este sistema, que hacía gravitar todos los suministros sobre las raciones que forzosamente habían de proporcionar los pueblos (media libra de pan, media de carne y un cuarterón de arroz o de menestra cuando la había), sin que la Junta adelantara fondo alguno para las tropas, y el duque del Parque lo haría de nuevo el 17 de diciembre en los siguientes términos¹³: *Este País ya estaba sumamente falto de todo, la nueva e indispensable estancia del Ejército en él consume los escasos artículos de subsistencias que habían quedado, de suerte que el resultado es un estado de total miseria, aun con el desconsuelo de que las tropas no están atendidas como corresponde.*

Para la actitud de Crossard, que también había prestado sus servicios en las secciones logísticas austriacas, era imprescindible contar con un sistema de suministros que garantizara la alimentación de la tropa, sin que ésta gravitara sobre la población civil de la zona, ya harto famélica.

¹¹ GARCÍA DE LA CUESTA, Gregorio: *Manifiesto a la Europa*, Palma de Mallorca, 1811, p. 73.

¹² A.H.N., S.E., leg. 47 D, núm. 321.

¹³ A.H.N., S.E., leg. 47 D, núm. 457.

EL SEGUNDO PLAN DE OPERACIONES DEL BARÓN DE CROSSARD

Cuando el Barón presenta este otro plan, las fuerzas españolas están divididas en siete ejércitos independientes, todos ellos situados en la periferia. El de La Mancha, en Despeñaperros, ha sido reforzado por parte del antiguo de Extremadura e incrementado con nuevos batallones de reciente recluta en Andalucía; el de Extremadura, mandado ahora por el duque de Alburquerque, dispone apenas de doce mil hombres reunidos en las proximidades de Badajoz; el de la Izquierda, mandado por el duque del Parque, en Ciudad Rodrigo, comprende efectivos venidos de Galicia con el marqués de la Romana, y parte de la caballería que antes formaba parte del de Extremadura, hasta un total de unos veinticinco mil hombres; el de Galicia, mandado por el conde de Noroña, apenas cuenta con nueve mil. En la cordillera Cantábrica están las tropas asturianas que manda Mahy, mas las guerrillas y unidades de Díaz Porlier, que un año más tarde acabarían uniéndose a las de Longa, Mina, etc., para formar el 7.º Ejército. En Levante nos restan los ejércitos de Cataluña, Valencia y Murcia. Fuera de esta cuenta, y dentro del vecino país, queda el ejército anglo-portugués de Wellington.

El 22 de octubre, don Antonio Cornell había dirigido a don Pedro Ribero el siguiente escrito¹⁴: ... *La junta militar ha recibido la Real Orden de 15 del corriente con el adjunto papel presentado por el Barón de Crossard haciendo algunas reflexiones sobre el estado actual de nuestros ejércitos y los del enemigo, para que a su vista informe lo que se le ofrezca y parezca.*

La Junta ha examinado el referido papel y consiguiente en sus ideas se refiere a lo que ha manifestado repetidas veces acerca de activar nuestras operaciones y medios de verificarlo sin arriesgar movimientos incompatibles con el estado de nuestros ejércitos.

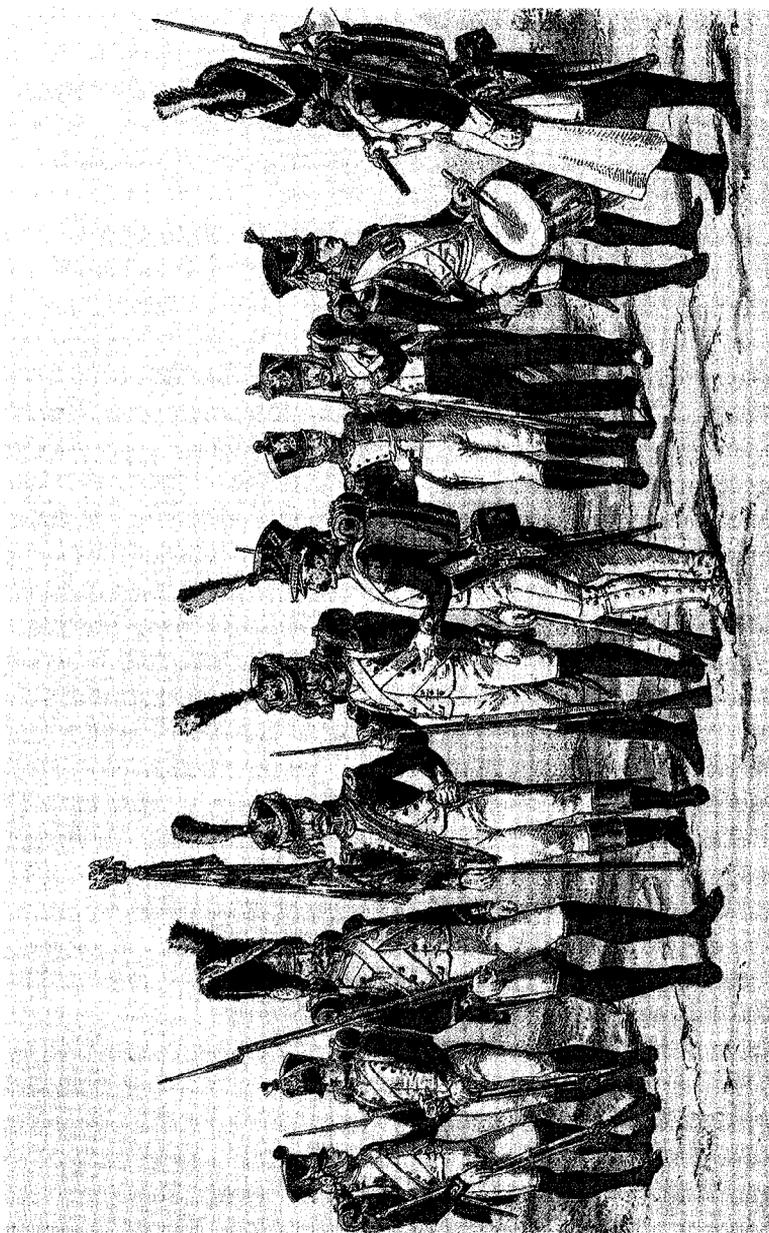
Y conformándose la Sección de Guerra con el anterior dictamen, lo pongo en noticia de V.E. para que se sirva hacerlo patente a S.M.; devolviéndole el papel del Barón de Crossard que me remitió Don Martín de Garay y con oficio de V.E. de 11 del actual.

De ese plan existe una copia en el Archivo Histórico Militar¹⁵, además de referencias al mismo en sus memorias. Para Gómez de Arteche¹⁶, la razón de este plan del Barón radica en las palabras de introducción del mismo que también figuran en sus memorias: *Pero*

¹⁴ A.H.N., S.E., leg. 33 B, núm. 135.

¹⁵ S.H.M., *Guerra de la Independencia*, rollo 1, carpetas 33-34.

¹⁶ GÓMEZ DE ARTECHE, J.: *Guerra de la Independencia*, Madrid, 1988, tomo V, p. 133.



Infantería de línea francesa.

apenas había yo adquirido los conocimientos que pudieran justificar una opinión, cuando me aterró el convencimiento de que las desgracias de aquel tiempo, el abandono en que los españoles fueron sorprendidos y la necesidad en que se veía cada provincia de pelear por la defensa de su territorio habían creado una multitud de generales independientes que, sin almacenes ni depósitos, operaban aislados, algunas veces en sentido divergente y siempre sin sistema general de guerra, sin plan alguno.

Este segundo plan de guerra, presentado también a la Junta Militar como el anterior, lo firmó el Barón en Sevilla el 24 de agosto de 1809, un mes después de la batalla de Talavera y dos antes de la de Ocaña, cuando el conocimiento frío de la situación española había sustituido a su lírico entusiasmo inicial. Sus relaciones con los miembros de la Junta Central y sus visitas a los ejércitos en operaciones le habían proporcionado, sin duda, una visión más real de las posibilidades del momento, y a esa visión acomodó su pensamiento.

En sus memorias, Crossard confiesa haberlo expuesto con anterioridad a Wellington, después de la batalla de Talavera, cuando el Lord decidió replegarse a Portugal desanimado de sus relaciones con los españoles, y cuando la situación general europea acababa de verse afectada por el armisticio firmado entre Austria y Francia tras la batalla de Wágran. Precisamente es cuando Crossard deseaba más vivamente la acción ofensiva en nuestra Patria, para aliviar así la presión de Napoleón sobre Viena en las inevitables negociaciones de paz que habían de producirse, y antes de que Napoleón estuviera en condiciones de reforzar a su ejército en la Península con las tropas todavía concentradas en Centroeuropa. Envío una copia de este plan a su gobierno y otra a Wellington.

En ese plan, Crossard comienza aclarando algunos aspectos de su misión, que no se reducía a informar a Viena sobre la situación española, sino que entrañaba el encargo del archiduque Carlos y del príncipe Luis de Baviera de conseguir del gobierno español llevar a nuestro ejército hasta el mismo territorio francés, después de una vigorosa ofensiva en la Península. En sus memorias es aún más explícito: es el mismo emperador de Austria quien, en Olmütz, le ordenó trasladarse a España en misión secreta, y sus deseos de lograr la simplificación del sistema de gobierno y la designación de un general en jefe. Por entonces las intenciones del Barón no iban más allá de impulsar en nuestra Patria un tipo de guerra paciente como la de Fabio o Sartorius.

El plan comprende aspectos orgánicos, operativos y logísticos.

De acuerdo con su emperador, no puede entender Crossard la ausencia de un generalísimo que coordine e impulse todas las operaciones a través de un *Plan Conjunto*. Repasa la Historia y no encuentra ejemplos en los que esta ausencia se haya producido. Es más, con las memorias de Berwick en mano, reproduce la situación española cuando asumió el mando de los ejércitos españoles durante nuestra guerra de Sucesión, para poner orden —también entonces— en el desbarajuste de generales españoles, empeñados cada uno en una acción distinta. Por eso, insiste en esa necesidad de un mando único, que no invalidaría la dirección política de la guerra por la Junta. ¿Quién sería ese general en jefe? Gómez de Arce sospecha la intención velada de la designación del archiduque Carlos, pero esta posibilidad no está suficientemente explicitada, y en sus memorias el Barón indica que jamás osaría designarlo él mismo. (Es difícil corregir a tan notable historiador de aquella guerra, pero me parece más proclive al duque de Orleans, con frecuentes citas en sus memorias a la conveniencia de que un príncipe francés se pusiera al frente de los ejércitos españoles contra Napoleón.)

En cuanto a la fuerza necesaria para asegurar la victoria, se muestra partidario de la creación de un ejército de Maniobra de ciento cuarenta mil hombres, distribuido en tres Cuerpos: Centro, Derecha e Izquierda. Para el primero, el más importante, considera necesario reunir treinta mil soldados ingleses, ya curtidos en la guerra y a los que ha observado en Talavera, a los que deberían unirse treinta mil hombres más, los mejores soldados de España y Portugal. Para jefe de ese ejército sugiere a Wellington.

Los otros dos ejércitos contarían cada uno con cuarenta mil hombres; el de la Izquierda, de composición anglo-luso-española, bajo el mando de Beresford, mientras el de la Derecha, totalmente español, propone sea puesto bajo el mando de Cuesta o del marqués de la Romana. Fuera de éstos quedarían el de Aragón y Cataluña, bajo Blake, y las fuerzas del arco cantábrico.

Aborda también el problema logístico. Estima que cada ejército necesitaría sesenta mil raciones diarias, para lo que sería preciso acumular un millón ochocientas mil raciones en cada uno de los depósitos a constituir en Andalucía para el Ejército del Centro, en Portugal para el de la Izquierda y en Valencia-Murcia para el de la Derecha. Más atrás Cádiz, Lisboa y los puertos del Mediterráneo deberían constituir bases de retaguardia a donde confluyeran los recursos de América, Norte de África e Inglaterra, para sostener desde allí todo ese esfuerzo logístico.

Insiste en la necesidad de que cada ejército disponga del ganado suficiente para el transporte de sus suministros. Incluso señala que dado que

el ganado tendrá la mitad de sus efectivos siguiendo la marcha de su ejército mientras la otra mitad estará volviendo a los almacenes de retaguardia para suministrarse, deberá tenerse en cuenta esta circunstancia para doblar esos medios, e incluso aumentarlos con una prudente reserva.

Es metódico. Quiere formar un ejército y empeñarlo sólo cuando esté en condiciones óptimas. Por eso, insiste también en la necesaria formación de los oficiales y en la instrucción de las tropas, incluso en los castigos a los malversadores de los suministros de los almacenes militares. Posiblemente deseaba trasladar a España el metódico trabajo de los austriacos antes de iniciar su guerra contra Francia. La duda es si esto era posible en nuestro caso, porque la opción española consistió en hacer la guerra a la vez que ésta se medio organizaba. Nos quemaba la prisa, la pasión, y hasta probablemente esto era necesario. Austria se preparó para la guerra, pero después de Wágran se rindió incondicionalmente, y nosotros continuamos después de tantas adversidades. ¿Cómo hubiera sido posible pararse cuando los franceses seguían sin tregua en su empeño?

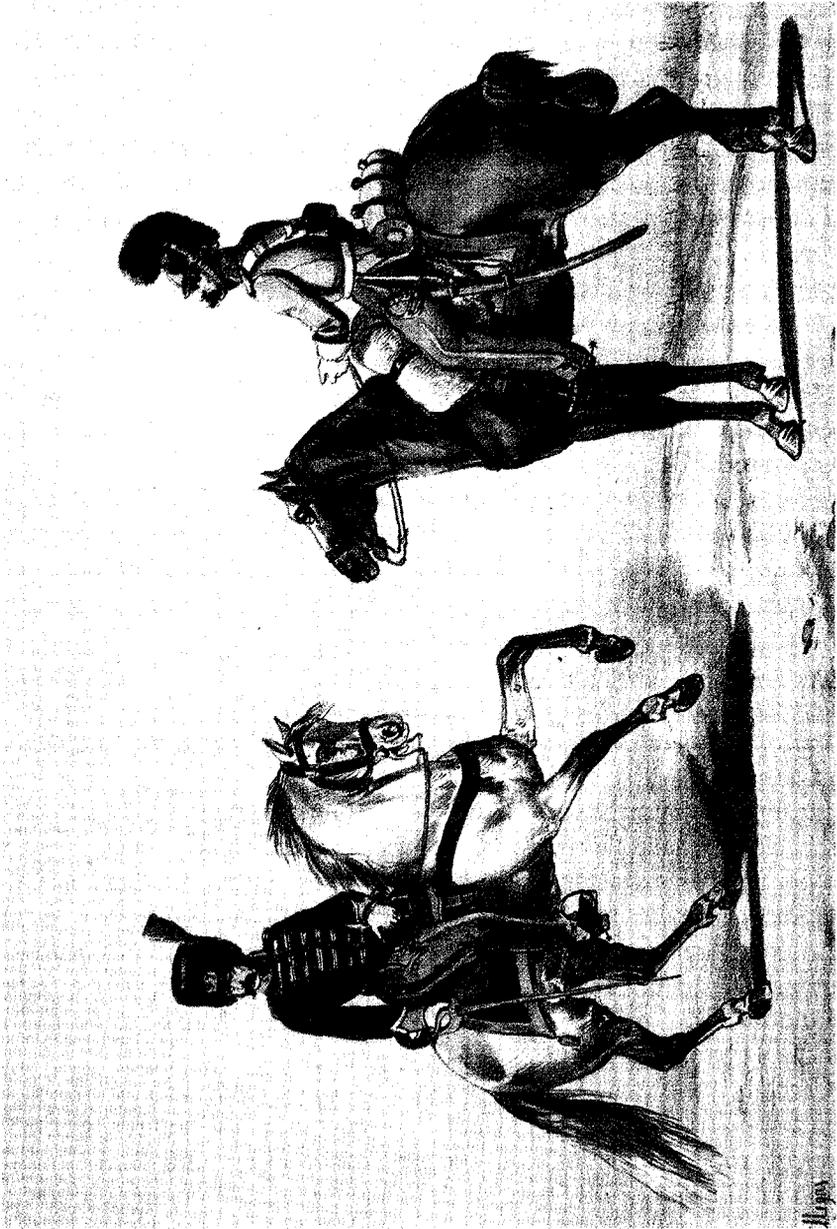
Su idea de maniobra preconizaba un avance desde el Centro con las dos alas adelantadas, hasta las proximidades de Madrid, sobre el que confluían también los catalano-aragoneses y las fuerzas del Norte. Para la coordinación de estos movimientos aconsejaba la instalación previa de una red de telégrafos ópticos, que enlazara el Ejército del Centro con los de las alas, y los tres con el cuartel general; red establecida a unas doce leguas a retaguardia de los ejércitos, que se complementaría con los postillones habituales. Un cuerpo de guías llevaría a cabo los reconocimientos previos y el jalonamiento de los itinerarios.

La maniobra culminaría con desembarcos en Colliure y Bayona, a ambos flancos de los Pirineos.

Habría que añadir que los detalles geográficos del plan evidencian un escaso conocimiento de nuestro territorio. Es la única nota negativa del conjunto.

SU VISITA AL EJÉRCITO DEL CENTRO

En Sevilla, después de volver de Extremadura, Crossard conspira. Primero con Wellesley, embajador de Inglaterra y hermano de Wellington, para tratar de conseguir que los ingleses reconsideren su postura y vuelvan a la acción concertada con los ejércitos españoles, pero fracasa, y entonces vuelve sus ojos a Souza, el embajador de Portugal. Con la ayuda de Cor-



Siglo XIX. Caballería. Granadero y Dragón a caballo.

nell propone un plan: España facilitaría subsidios a Portugal, y esta nación uniría una parte importante de su ejército a España. Los portugueses parecen acceder, pero Wellington, esta vez como miembro del Consejo de Regencia establecido en Lisboa, y Beresford, como su ministro de la Guerra, lo vetan. España sigue sola.

El 15 de octubre, Cornell ordenó al Barón trasladarse al cuartel general del Ejército del Centro, en Dos Barrios, que mandaba Eguía. Crossard intentó que el mando del mismo fuera confiado al duque de Alburquerque, pero cuando alcanzó su destino, ya Areizaga se encontraba al mando de esas tropas.

Aquel ejército, que contaba con unos sesenta mil hombres, y la más numerosa caballería reunida en aquella guerra, se componía principalmente de batallones apresuradamente formados en Andalucía y apenas instruidos. Para conocer sus deficiencias disponemos también del testimonio del teniente coronel Roche, ayudante de Wellington, que en carta dirigida a este último decía¹⁷: *... yo desearía comunicar algo agradable a V.E. de este Ejército... los Cuerpos que pertenecían originariamente al Ejército de la Mancha son desde luego superiores a los de Extremadura, y hasta lo que puedo saber no se han producido los abusos que fueron habituales en este último. Pero nada puede superar el descontento general, la insatisfacción y la desmoralización de las masas del pueblo y del ejército... El hecho es que los oficiales superiores dudaban de la sabiduría de adoptar la ofensiva siguiendo órdenes de la Junta, y no tienen confianza ninguna en Areizaga, quien sólo es conocido como un general combativo sin capacidad técnica.*

La Junta Suprema, espoleada por la victoria de Tamames (18 de octubre), había ordenado llevar a cabo una acción ofensiva por el centro, apoyada por una demostración de fuerza por el oeste. Areizaga había concebido la idea de ocupar Madrid, apenas guarnecido, y desde Despeñaperros se dirigió a Aranjuez en una marcha rápida que sorprendió al enemigo. Pero después dudó, se detuvo y decidió desbordar la capital por el este, cruzando el Tajo por los vados de Villamanrique y avanzando hasta Arganda a través del Tajuña.

Como le pasó con Cuesta, Crossard no se entiende con Areizaga, a quien considera una nulidad absoluta en cuanto a sus talentos. *Sin instrucción, sin genio y sin espíritu*, no comprende cómo Blake había podido influir en la Junta para su designación, aunque hubiera destaca-

¹⁷ OMAN, Ch.: *A History of the Peninsular War*, Oxford 1908, tomo 3.º, p. 85.

do en la batalla de Alcañiz por su valor. En cambio, sus memorias recogen la gran impresión que le produjo Lacy, el jefe de la vanguardia, el hombre que acabaría trágicamente en los fosos del castillo de Palma de Mallorca.

El plan de Areizaga le parece un disparate, máxime cuando el apoyo por el oeste ha fracasado, y no hay otras tropas disponibles para que corran en su auxilio. Considera que sus batallones, recién formados, se dispersarían si fueran batidos, y los riesgos de una derrota no compensan las escasas perspectivas de una victoria. Discute con el general español y acaba enviándole una carta con sus criterios.

Quiere que se mueva, que maniobre, pero que no arriesgue su ejército en una batalla general de dudoso éxito cuando el enemigo ha conseguido reunir efectivos superiores. Quiere que se establezca en el alto Tajo, que ya ha alcanzado, y que desde allí amenace permanentemente a Madrid y al eje Aranjuez-Andalucía, mientras cuenta a sus espaldas con el apoyo de Cuenca y Valencia sobre un terreno accidentado que dificultará las maniobras de su enemigo. Allí puede esperar las noticias de los duques del Parque y de Alburquerque, y retirarse, si es batido, a través de un terreno que impediría su persecución.

Cuando los franceses de Soult, Mortier y Sabatini unieron sus fuerzas a las del rey José y avanzaron desde Aranjuez, cruzando el Tajo, Areizaga volvió sobre sus pasos y aceptó batalla en Ocaña con resultados trágicos para nuestras armas, dejando abierto el camino a Andalucía y malbaratándose el esfuerzo de organización de aquellas tropas.

Crossard entregó a la Junta Suprema una copia de la carta que antes había enviado al cuartel general de Areizaga en Santa Cruz de la Zarza. Dice así:

Excmo. Sr.:

Teniendo tan pocos derechos a la confianza de V.E. para conocer por mi mismo sus intentos actuales y por venir, la situación de su Ejército y la de los cuerpos cooperantes, así como la del enemigo, no puedo sentar juicio más que sobre lo que veo y sobre las relaciones de aquellos que a todo acredita; mas si debo atender a éstas, parece que V.E. está resuelto a marchar al enemigo para darle batalla.

En esta hipótesis no sería yo acreedor a la confianza que me ha honrado la Junta Suprema Gubernativa de España e Indias y no lo sería tampoco al aprecio de V.E. si me faltara hoy el ánimo para exponerle respetuosamente las reflexiones que me dicta su resolución.

Convino ayer conmigo V.E. en el peligro que habría de someter a la casualidad los intereses de su Patria, y arriesgar por este modo los de Europa, tan estrechamente unidos a los de España. V.E. me pareció inclinado a la honra de libertar a Madrid y la Castilla siguiendo los sabios movimientos con los cuales ha perseguido hasta aquí al enemigo, y manifestó el poco interés que tenía en la gloria de ganar una batalla, cuyo éxito casi siempre se debe antes bien a la casualidad que a los talentos de un general, cuando sucesos adquiridos por sus movimientos manifiestan su ingenio y ponen el colmo a sus triunfos.

Además, como una batalla es el último recurso de un general, para hablar con propiedad séame lícito el exponer las ocasiones que pueden hacer eventos legítimos.

Se da batalla cuando se nos atraviesa el enemigo, o se nos corta las subsistencias; cuando con una operación concertada estamos seguros de aniquilar al enemigo; cuando bien por la pericia de las tropas, bien por las ventajas del terreno, alcanzamos y manejamos con maestría una superioridad manifiesta; cuando se necesita prevenir refuerzos que aguarda el enemigo, y cuya reunión imposibilitaría el seguir la campaña; cuando se trata y urge libertar una plaza sitiada; cuando los reveses de una derrota no pueden jamás equilibrar las ventajas de una victoria; por último, cuando no se pueden alcanzar los fines sin dar una batalla.

Ved aquí, si no me engaño, los principales casos en que todo puede abandonarse a la suerte de una batalla; mi sentir es que V.E. no se halla en ninguno de ellos.

1.º *Teniendo a sus espaldas las más pingües provincias de España, sus caminos carreteros abiertos, y la abundancia de víveres que hay en el campamento de V.E. desvanecen toda idea de escasez.*

2.º *Es imposible combinar una batalla con los cuerpos cooperantes y el Ejército de V.E., pues el suponerlo sería la falta absoluta.*

3.º *Si se exceptúan el valor y la buena voluntad que V.E., ha infundido a sus tropas, la superioridad en todos los puntos militares pertenece incontestablemente al enemigo.*

Si marcha al enemigo, V.E. le cede todas las ventajas de una posición que tiene estudiada bajo todos los aspectos, a la que habrá aplicado maniobras, y colocado su Artillería, cuando la marcha de ayer ha probado cuán poco podía mover la suya y la misma causa no le dará más esperanza de valerse útilmente de la Caballería.

4.º *Creo físicamente imposible que el enemigo pueda recibir pronto refuerzos; además el gobierno hubiera avisado a V.E. y lo hubiera puesto*

en estado de verse poderosamente ayudado con las diversiones de cuerpos cooperantes.

5.º *Ninguna plaza sitiada aguarda socorros directos de V.E.*

6.º *Unas tropas recién formadas, batidas una vez, no darán otra perspectiva que la dispersión; esta suerte pues no puede estar equilibrada por ninguna esperanza de victoria.*

7.º *Siendo los fines de V.E. el libertar a Madrid y las Castillas, queda evidenciado que siguiendo las maniobras que se acercan a su término, se alcanzarán aquellos fines sin haber de modo alguno comprometido al Ejército.*

Ahora si llego a examinar las ventajas que pueden resultar de una batalla ganada, con las desgracias de una derrota, cuán fácil es apercibir que la nimiedad de las primeras no puede compensar jamás la demasía de las últimas; la evacuación de Madrid y de las Castillas son las solas ventajas que se descubren en el logro de una batalla. En vano se lisonjearía que combatiendo a las puertas de la Capital se vería poderosamente auxiliado por los esfuerzos de sus moradores; pues si la batalla de Talavera ha evidenciado el afecto patriótico de aquellos leales españoles, ha demostrado también la poca esperanza que se había de tener en su actividad y concurso.

No puede contar V.E. sobre la superioridad del número a causa de la rapidez que los franceses ponen siempre en reunirse. Además, unos oficiales ingleses escapados de Madrid han asegurado al coronel Dillon que los franceses consideraban aquella superioridad de número como un elemento de desorden, sobre el cual fundaban parte de sus esperanzas.

Cuantos males al contrario no se originarían de una derrota, que un río, vadeable a la verdad pero extremadamente encajonado entre montes haría destructora. V.E. perdería en un momento su Ejército que es la esperanza de España, el centro de sus fuerzas, la escuela de los numerosos reclutas cuya formación urge más que nunca en vista de las circunstancias; en una estación muerta, dedicada a negociaciones, qué conmoción terrible no causaría este fatal golpe en toda la política. Si por casualidad una parte de las tropas cooperadoras en la península no llevara una voluntad absoluta de sus operaciones, esta parte no dejaría de coger un pretexto legítimo de retirada, y después no solamente la acción de los demás cuerpos llegaría a ser inútil, sino que se volvería peligrosa para ellos mismos.

Opino pues según va expuesto, que V.E. alcanzará la gloria de libertar a Madrid y a su país con seguir sus movimientos absteniéndose rigurosamente de arriesgarse a la suerte de una batalla general; para ello bastaría a V.E. el conducirse aún algunas leguas sobre su derecha; allí

tomando una posición lo más cerca que se pudiere de la orilla izquierda del Tajo, se atrincheraría por todos los medios del arte y de la naturaleza; desde dicho punto llevará más allá de la orilla derecha del río una vanguardia fuerte que pudiera mandar sostener por un Cuerpo intermedio colocado por escalones. Estos dos Cuerpos, igualmente atrincherados, llevarían a su agrado gruesas partidas sobre todos los valles, antes y detrás de Madrid; en aquella situación V.E., enviará por su derecha sus partidas de guerrillas hasta el Puerto de Guadarrama; acometiendo todos los días a los franceses, infundirá ánimo a los habitantes de Madrid, inquietaría al enemigo, le intimidaría, entorpecería sus subsistencias, y de este modo habituaría a la guerra a las tropas españolas.

En aquella posición, sería fácil aguardar noticias de los Duques del Parque y de Alburquerque, de establecer con ellos señales sencillas, y acabar felizmente una maniobra tan decisiva, pero en el caso más desgraciado, es decir, en el caso de verse V.E. atacado y batido en su posición, no pudiera verse tal sin haber hecho sufrir al enemigo una pérdida sensible, retirándose después sobre Cuenca o Valencia, disponiendo a su voluntad de todas las cordilleras de montañas que conducen a los cuatro reinos: V.E. quedaría aun formidable en su desgracia y ampararía poderosamente su País.

Firmado: Barón de Crossard. Mayor al servicio de S.M. el Emperador de Austria.

Dirigido al excelentísimo señor don Juan Carlos Areizaga, comandante en jefe del Ejército del Centro, en su cuartel general de Santa Cruz de la Zarza.

En contestación a ella Martín de Garay le dirigió desde Sevilla, el 16 de diciembre, el siguiente escrito¹⁸:

Con esta fecha paso al Sr. Ministro de la Guerra para que dé cuenta a S.M. del papel que V.S. presentó con fecha 7 de los corrientes y la copia que acompañaba del que puso en mano del General en Jefe del Ejército del Centro Don Carlos Areizaga, el día siguiente de haber sentado su Cuartel General en Santa Cruz de la Zarza; manifestándole las operaciones que V.S. juzgaba convenientes y la posición que opinaba debían ocupar nuestras tropas para no aventurar la suerte de nuestras armas. Esta nueva prueba del interés que V.S. ha tomado por el feliz éxito de nuestra gloriosa contienda excita hacia su persona sentimientos de aprecio y gra-

¹⁸ A.H.N., S.E., leg. 33 B, núm. 136.

titud a que V.S. se ha hecho acreedor por tantos títulos que le profesará todo buen español. Está V.S. seguro que la Junta Suprema de Gobierno conservará siempre la más grata y lisonjera memoria de un extranjero por sus cualidades y conocimientos militares, como por la generosa y decidida adhesión que ha probado a la causa de España.

La verdad es que la Junta Militar, la presidida por el marqués de Campo Sagrado, había examinado esa misma carta, y en su informe a Cornell, fechado en Sevilla el 24 de diciembre¹⁹: ... *halla muy justificado las reflexiones en que manifiesta los casos en que se debe dar, o evitar, una batalla, pero no halla la misma exactitud en las ideas que expresa acerca de los movimientos que debió hacer el Ejército de la Mancha para liberar a Madrid y el país sin aventurar una batalla.*

SUS ÚLTIMOS PASOS

Después de la desastrosa retirada desde Ocaña, estando en La Carolina donde acompañaba al cuartel general de Areizaga, Crossard recibió una nota de Genotte, el encargado de negocios austriaco en Sevilla, comunicándole la firma de la paz de Viena entre Austria y Napoleón. Genotte abandonaba Sevilla, como Bardaxí, el embajador español, hacía lo propio desde Viena. Crossard debía dejar España.

En Sevilla le recibió Cornell, entregándole el despacho de coronel de nuestro ejército y dándole grandes muestras de consideración. Su último consejo fue la preparación de un campo atrincherado en Cádiz y la preparación de un ejército de reserva en Baleares, lejos de la acción enemiga. Para entonces el marqués de Campo Sagrado, como Presidente de la Junta Militar, había ordenado la prohibición de aceptar grandes batallas al enemigo y la adopción del sistema de guerra limitada tantas veces preconizada por el Barón.

No dejó de conspirar Crossard. Con el marqués de la Romana urdió un plan que la Junta aceptó: se trataba de intentar que Rusia atacara a Napoleón. El plan progresó tanto que Saavedra le dirigió una carta autorizándole a «insinuar» a los rusos que España estaría dispuesta a compensar ese esfuerzo con la cesión de La Florida y de bases en el Mediterráneo. A esa carta unió más tarde otra dirigida a Colombí, nuestro cónsul general en San Petersburgo, presentando a Crossard como agente del gobierno español portador de una misión secreta y para que le abriera camino, introduciéndole en los círculos de poder de aquella corte.

¹⁹ Archivo General Militar de Segovia. *Expediente personal del Barón de Crossard.*

Crossard abandonó España en enero de 1810, por vía marítima, desde Cádiz. Su intención era hacerlo vía Portugal a Inglaterra y de allí al norte de Alemania, pero el embajador inglés le comisionó para otra misión: había interceptado un correo de José Bonaparte dirigido a uno de sus agentes en el Adriático, donde se fraguaba una insurrección en Albania y Morea contra los turcos. Debía trasladarse a los territorios de Dalmacia, para entrevistarse con el Pachá de Janina y advertirle del riesgo.

Crossard cambió sus planes y navegó por el Mediterráneo. En su escala en Palermo visitó al duque de Orleáns, candidato a regente o jefe de los ejércitos españoles. De allí saltó a Janina y en Mostar se entrevistó con el Pachá, a quien intentó convencer, sin éxito, para que atacara a los franceses en las islas que ocupaban del Adriático.

Vuelto a Viena informó al emperador de Austria de la misión desarrollada y de la situación española. A él hubo de entregarle las cartas de Saavedra sobre su gestión en Rusia, que no realizó, pero durante su estancia en esa capital fue testigo del paso del diplomático español Labrador hacia San Petersburgo como enviado especial de nuestro gobierno.

Rusia estaba ocupada por aquel entonces con su guerra contra los turcos, por lo que juzgó imposible que se comprometiera en la empresa contra Francia. Cuando pasado algún tiempo cambió esta situación, y como se encontrara disconforme con la paz alcanzada y aburrido con la vida de guarnición del regimiento al que se había incorporado, marchó a Rusia, volviendo a alistarse en su ejército para combatir a Napoleón. Segundo jefe de Estado Mayor del gran duque Constantino, ascendió a general, distinguiéndose durante las campañas de 1812 y 1814.

Volvió a Francia con Luis XVIII. Ascendido a mariscal de campo, fue ayudante del duque de Berry.

La revolución de 1830 le sorprendió como comandante de una división en el sur de Francia. No quiso servir a los Orleáns y se retiró a Viena, donde se le reconocieron los servicios prestados. Murió en la capital austriaca el 13 de marzo de 1845.

Dejó escritas sus memorias, donde narra su historia personal y los acontecimientos vividos, así como las semblanzas de las personalidades tratadas por él durante su agitada vida. Cuando murió estaba en posesión de la mayoría de las condecoraciones militares europeas, que reconocían así sus diecinueve heridas en combate, sufridas al servicio de diversos países, siempre frente a Napoleón o frente a los revolucionarios franceses. Entre esas condecoraciones se deben destacar la Orden Militar y Real de

San Luis y de la Legión de Honor; de María Teresa; de San Jorge; del Mérito de Prusia; de Maximiliano José; de Guillermo I; de Leopoldo; de San Vladimiro y de Santa Ana.

Sus biógrafos destacan de él su valor en combate, su capacidad en la dirección y la preparación de las operaciones, así como su lealtad permanente a los Borbones franceses, a los que sirvió infatigablemente, impulsado por sus propias convicciones y por el recuerdo de su hermano menor, guillotinado en Lille a temprana edad.



GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.